

solo produce para ellos espinas y abrojos? ¿No es cierto que la fuerza de tu brazo solo la empleas en sostener á los pecadores para que no caigan en ese abismo que siempre está abierto á sus pies?

¡Oh Madre mía! yo se que tu felicidad solo será completa, que solo entrarás en la plenitud de tu gloria cuando hayas recogido en el cielo á todos tus hijos, cuando hayas enjugado las lágrimas de todos los que te amamos; solo serás completamente feliz en el cielo cuando ya no haya quien suspire por ti en la tierra. Entonces te juzgarás verdaderamente Reina, cuando entren á tu reino todos tus hijos. ¡Oh María! ¡Oh María! sálvanos; obliga á tu Hijo divino á recibir por ti nuestras súplicas; pues tienes derecho sobre él, por que eres Madre suya. Que eres nuestra Madre y nuestra esperanza, esto dile á tu Hijo, y con esto basta.

Irapuato, Mayo 29 de 1908.

Pbro. Ponciano Pérez.

León, Julio 18 de 1908.

Visto el dictámen favorable del Sr. Censor concedemos Ntra. licencia para que se imprima y publique el Sermón del Sr. Pbro. D. Ponciano Pérez; con calidad de que no vea la luz pública antes de que sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor.—El Sr. Gobernador lo decretó y firmó.

P. TORRES.

ANGEL MARTINEZ.
Srio.



SERMON

«DE LA»

Madre Santísima de la Luz

PREDICADO POR EL

P. MARCOS GORDOÑA S. J.

en la Santa Iglesia Catedral de León,

el dia 2 de Julio de 1907,

CLXXV aniversario del advenimiento á esta Ciudad

de la Venerable Imagen de la

Celestial Señora.



LEON.—1908.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.



✠
JHS

Venerunt mihi omnia bona
pariter cum Illa.

Todos los bienes me vinie-
ron juntamente con Ella.

Sap. VII, 11.

*Exmo. y Rmo. Señor:—Muy Ilustre Cabildo:—Vene-
rable Clero:—Amados hermanos míos en Jesucristo:*

YA que una providencia, para mí dichosísima, y
manifiesta voluntad del Señor me manda su-
bir á este sagrado púlpito y dirigiros la pala-
bra, créome obligado á suplicaros no me tengais por
extraño á vosotros: en el seno de esta religiosa ciudad
vine al mundo; los resplandores de esa Luz purísima
iluminaron mis ojos de niño y guiaron mis primeros
pasos; y, de entonces acá, ha vivido en mi alma su Ima-
gen junta con el amoroso recuerdo de mi Patria, tan
hondamente grabados, que lejos de obscurecerse y bo-
rrarse con una larga y continua ausencia, antes se han
perfeccionado y adquirido mayor arraigo y firmeza.

Porque el comparar la piedad para con la gloriosa Virgen María de otros pueblos y ciudades, dentro y fuera de la República, con la vuestra; el ver que corréis parejas con los más señalados y dejáis atrás á no pocos: confieso que, por una parte, ha doblado y subido de punto, en mi pecho, la natural estima y amor que experimentamos hacia la ciudad donde nacimos, y, por otro, ha sido un poderoso estímulo para fomentar y acrecentar en mí la devoción que juzgo innata y distintiva prenda de mis compatriotas. Y mil veces, en alas de esos pensamientos, ha volado mi espíritu á este santo templo: con vosotros he penetrado en él, durante los floridos días de mayo, tomando parte en las espléndidas peregrinaciones y depositando mi ofrenda con la vuestra; con vosotros se ha hallado mi alma, siempre que habéis concurrido á celebrar este faustísimo aniversario; entre vosotros latía mi pobre corazón, cuando suntuosamente decorado este recinto, colocasteis á vuestra celestial Patrona en ese altar y ceñisteis sus Sienes con esa real corona. Sí, vuestro soy; y siempre repetiré insigne beneficio de Dios el haber nacido en una ciudad tan favorecida de la Virgen Madre; siempre influirá benéficamente en los años que me resten de vida, el haber pasado los primeros aquí bajo la bienhechora sombra de su manto.

No llevéis, pues, á mal que, cediendo á la invitación de personas cuyos deseos para mí son mandatos, me atrevo á levantar la voz y á dar de nuevo la bienvenida á nuestra benignísima Protectora; otorgadme plenos poderes para poner á los pies de vuestra soberana Reina el homenaje de reconocimiento y de fidelidad que año tras año le tributan; disimulad, si mi pequeñez y tibieza no alcanza á engrandecer y alabar, como quisierais, la bondad y el poder y la gloria de vuestra tierna Madre. Tened por bien que aproveche tan honrosa ocasión de servir á mi ciudad nativa y testifique públicamente el afecto y estimación que la profeso. Permitid que, en nombre de mis queridos Padres, ofrezca á la Virgen Sacratísima esta solemnidad, en prueba de la fervorosa y

constante devoción con que la han honrado. Dadme, finalmente, licencia de desahogar mi corazón y pagar una deuda de amor y agradecimiento á la serenísima Reina del cielo en su advocación de Madre Santísima de la Luz.

Y para alentar el temor que naturalmente me turba y embaraza al querer desentrañar un asunto sublime al par que de vosotros conocido; para tener quien me dirija y lleve de la mano en tan aventurada empresa; no haré más que explanaros unas palabras del egregio patriarca de Alejandría y doctor de la Iglesia, S. Cirilo; en las cuales clara y terminantemente explica cómo le conviene á la Virgen Nuestra Señora con todo rigor y propiedad el excelso título de Madre Santísima de la Luz.

«.....Tú eres, (exclama el Santo, dirigiéndose á la «Virgen,) tú eres lumbrera inextinguible..... tú eres «sostén de la fe católica y ortodoxa.....Por tí la «Trinidad augusta es conocida y adorada en toda la re- «dondez de la tierra.....Por tí el Hijo Unigénito de «Dios, Luz verdadera, resplandeció en los ojos de los que «yacían envueltos en tinieblas y en sombra de muerte.» (Homil. contra Nestorium.) He ahí el encomio más grande y más cabal que se puede hacer de la Virgen María como Madre de la Luz.

En efecto, luz significa, en opinión del Santo Doctor, ciencia; pero ciencia espiritual y divina; ese ordenado y completísimo conjunto de verdades, reveladas unas por Dios, asequibles otras á la razón natural, pero corroborada con su irrefragable testimonio; esa religión cuyos dogmas plantean y resuelven uno á uno los problemas más oscuros y más importantes, cuyos preceptos perfeccionan al hombre de todo en todo y le conducen á la bienaventuranza del cielo; en una palabra: la fe católica, la sola verdadera, que Dios ha depositado, como riquísimo caudal en manos de su Iglesia. Si la Virgen Santísima merece, en sentir de San Cirilo, el renombre de lucero que no mengua ni vacila, es porque al mismo tiempo la cree, en algún modo, tutora y mantenedora de

la fe: ¡Tú eres lumbrera inextinguible! Tú eres sostén de la fe católica y ortodoxa! Y, luego, abarcando en breves frases toda la inmensidad de esa ciencia divina y reduciéndola á sus dos objetos principales y adecuados: Dios y el Hombre, afirma el Santo que á la Virgen María se debe, en alguna manera, el esclarecimiento de entrambos, y que por ello es verdadera y propiamente Madre de la Luz. Dos afirmaciones que vienen, como nacidas, para formar las dos primeras partes de mi discurso.

«Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada en «toda la redondez de la tierra.» María Santísima concibiendo en sus entrañas al Hijo de Dios, contrajo estrechísima relación con cada una de las Tres Divinas Personas y contribuyó así á dar á conocer este misterio, familiarizando y como emparentando á Dios con el hombre: ahí tenéis, si acierto á penetrar la mente del ilustre Patriarca Alejandrino, á *María Santísima esclareciendo la ciencia de Dios.*

«Por tí el Hijo Unigénito de Dios, Luz verdadera, «resplandeció en los ojos de los que yacían envueltos en «tinieblas y en sombras de muerte.» María Santísima dió á luz á Jesucristo, el cual no sólo es Maestro del hombre, sino modelo vivo y ejemplar acabado del hombre imagen perfectísima de Dios, del hombre tal cual debe ser, del hombre restituído á su nobleza y dignidad antiguas: ahí tenéis á *María Santísima iluminando la ciencia del hombre.*

Añadiré en tercer lugar: María Santísima, al tomar esa Imagen por instrumento de sus favores, al elegir esta ciudad por su morada é imperio, ha querido comunicar esa ciencia á cuantos viven bajo su cetro y amparo, infundiéndoles los principios católicos y defendiéndolos contra la herejía y el error: ahí tenéis á *María Santísima ilustrando á la ciudad y á la Diócesis de León.*

Si logro explicaros estos tres pensamientos, habré cumplido mi propósito de enaltecer, según mis fuerzas, la merced singularísima que os hizo la Madre de Dios,

hoy hace ciento setenta y cinco años y convendréis conmigo en que se puede afirmar sin exageración ninguna, que con esa preciosa Imagen os han venido todos los bienes: *venerunt mihi omnia bona pariter cum Illa.*

Alcanzadme por intercesión suya, gracia para que mis palabras no cedan en menoscabo de su grandeza. (Ave María.)

I

Es el conocimiento de Dios el primero, el más noble y el más trascendental de cuantos caben en humana inteligencia. El primero y el más noble, porque no hay objeto tan inteligible ni tan encumbrado como Dios; el más trascendental, porque no se puede señalar una sola verdad, de las necesarias ó convenientes para nuestra salvación, que no se derive y se sustente de la idea de Dios: como sin vida es imposible gozar de algún deleite; como faltando la luz, se van de vista los colores y las figuras: así, ignorado ó falseado el concepto de Dios, no se puede pensar nada que á nuestra perfección y bienaventuranza conduzca.

¿Qué es el hombre mientras no conoce á Dios?

—Un ser privado de su mayor dignidad; un ser cuyos pensamientos y aspiraciones no aciertan á levantarse un palmo de la materia; un ser mucho más ruin y desdichado que el animalillo que nace y muere el mismo día en el inmundo légamo de una charca. ¿Qué es el incrédulo que pugna por borrar de su alma el sello de su Soberano Hacedor?—Un caos y un infierno donde el orgullo y la sensualidad, el despecho y la desesperación se revuelven furiosos, estrellándose contra la indestructible evidencia de la verdad. ¿Qué frutos han dado, no digo ya de vida eterna, pero ni aun de razonable moralidad, los ya trasnochados sueños é incoherentes fantasías de los panteístas, antiguos ó modernos? ¿Para qué de-

tenerme á ponderar la degradación y ceguera de los que divinizaron los elementos ó adoraron las bestias ó deificaron los vicios más nefandos?

No, no hay para qué insistir en ello; y aun miráis con extrañeza que os haga mención de semejantes monstruosidades y os recuerde tamaños desvaríos, á vosotros que comprendéis el mudo lenguaje de los astros, los cuales lucen suspendidos en el espacio y pregonan la omnipotencia de su Criador; á vosotros que sabéis leer, lo mismo en las afinidades de la sustancia inánime que en la economía vegetal, lo mismo en el instinto del bruto que en la razón humana, el nombre de un Dios sapientísimo; á vosotros que sentís cómo su bondad sin límites hace salir el sol para buenos y malos y envía la lluvia sobre justos y pecadores, derramando por doquiera sus dones; á vosotros que reconocéis en los dorados celajes de la aurora y en las olorosas flores del campo y en el angelical semblante de vuestros pequeñuelos una sonrisa de su hermosura; á vosotros que le admiráis gobernando con suavísima providencia y dirigiendo al fin supremo de su gloria así las criaturas necesarias como las libres; á vosotros que prestáis dóciles oídos á la llamada y potente voz de todo vuestro ser que os asegura que hay un sólo Dios, principio y fin de todo cuanto existe, personal y distinto de la universalidad de los seres; perfecto con toda la perfección imaginable é infinito en todo género de perfección; eterno y actualísimo, inmenso y presentísimo á todas las cosas; inmutable y libérrimo; un Dios, en fin, que, con ser todo eso que nuestro limitado entendimiento no puede sino separadamente concebir, es una eminentísima realidad y simplicísima unidad.

Mas, ¿qué digo? Si habéis sido introducidos en el secretísimo Santuario de la Divina Naturaleza; si habéis penetrado la luz inaccesible donde habita la Divinidad; si conocéis la vida íntima de Dios; vosotros creéis, con más certeza que si lo vierais, que en esa simplicísima unidad de esencia, existe la variedad y multiplicidad en

las divinas Personas, y asistís á la generación eterna del Verbo, y absortos contempláis cómo aquel sumo y no engendrado Principio, mirándose y contemplándose á sí mismo, forma dentro de sí una Imagen viva y sustancial de sí mismo, comunicándole toda su esencia. Y cómo, en produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama y se agrada en él con infinito amor y gozo; y el Hijo, de la misma suerte, ama al Padre con gozo y amor infinitos; y ambos juntos, amándose, proceden un Impulso de su divina voluntad, también personal y sustancial, que es el Espíritu Santo, formando todos Tres una sola é indivisible sustancia, una sola é igualmente adorable majestad: á la manera que un océano derramara en inmensa catarata sus aguas en otro océano, con una comunicación tan cabal y tan perfecta, que todos tres se resolvieran en inefable identidad.

Y no es, ciertamente, estéril este conocimiento, pues de él traen inmediato origen los principales artículos de la Fe. De aquí sabéis que ese Dios os ama, que os distingue con su amistad, que sois de su casa y familia, que estáis destinados (son sus palabras) á sentaros un día no lejano á una misma mesa, y en un mismo trono con él (S. Luc. XXII, 29, 30;) sabéis que sois hijos de Dios Padre: mirad adonde ha llegado la caridad de Dios Padre, pues ha querido llamarnos sus hijos y que en realidad lo seamos (I. S. Joann. III, 1.) Sabéis que sois hermanos del Hijo de Dios, el cual por vosotros se hizo hombre y satisfizo sobreabundantemente por vuestras culpas y por las de infinitos hombres y que le podéis abrazar y decir: ¡bien mío! ¡hermano mío! mucho mejor que Abel, porque su sangre clamaba venganza, más la tuya implora misericordia y perdón; mucho más excelente que José, pues, si él dió á los suyos todos los bienes de Egipto, tú nos has abierto los tesoros del empíreo. Sabéis, en fin, que el mismo Espíritu de Dios se infunde en vuestras almas y os resucita del pecado y os señala con el carácter de hijos del Altísimo y habita en vosotros como en su templo y esfuerza vuestra debil id

y os inclina á todo bien y os consuela y alivia en la tribulación y os acompaña en el destierro y os introduce en la patria bienaventurada.....charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. (S. Pauli ad rom. V, 5.)

¡Misterio impenetrable, pero fecundísimo y por todo extremo luminoso! De esta idea dimanar todas las ideas en el orden religioso sobrenatural, como del ser de Dios se originan todos los seres. Suprimidla: habréis arruinado de un golpe el cristianismo entero. Suponedla: surgirán á vuestros ojos, perfectamente delineados los dogmas fundamentales de la redención, de la santificación y de la adopción divina, y con ellos todos los demás. Por eso este sacrosanto misterio aparece como tema en el dulcísimo concierto de la liturgia católica, que es la realización más exacta y más bella del dogma: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se nace en el bautismo; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se perdonan los pecados; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se ofrece el incruento sacrificio; gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo es la estrofa que se repite constantemente en la salmodia eclesiástica; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo abre la Iglesia á sus fieles las puertas del paraíso. Por eso en conocer con la fe este misterio consiste la felicidad de aquí abajo, como prenda de la inefable y clarísima contemplación que forma la bienaventuranza del cielo. ¿Cuándo, si no, os sentís más dichosos que cuando la esperanza cristiana hinche los senos de vuestro ser y la caridad de Dios abrasa vuestras entrañas? ¿Cuándo sois más sabios que cuando postrados en presencia de esa incomprehensible majestad os cubrís el rostro con las manos, reconociendo que no cabe en limitado entendimiento la infinidad de Dios? ¿Cuándo disfrutáis deleite semejante al íntimo convencimiento que produce la fe de que estáis en posesión de la verdad y, haciendo coro á los serafines, repe-

tís: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos; gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo?

Pero ya veo que, creyéndome quizás alejado en demasía de mi propósito, me salís al encuentro y atajáis mis pasos y me objetáis aquellas palabras del Evangelista San Juan: «a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre es quien nos ha revelado todo esto. (S. Joann I, 18.)» Y aquellas otras de Cristo: «nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo y aquel á quien el Hijo se le diere á conocer. (S. Matth. XI, 27.)»

Ciertamente, sólo el Hijo natural y único, de Dios, pudo descubrirnos tan escondidas verdades; pero, si algo vale la expresión de San Cirilo, María Santísima tuvo parte, y muy especial, en la revelación de este misterio, y por eso se le ha de apellidar con justicia Madre Santísima de la Luz.

Y, aunque fácilmente os podría responder con toda verdad que, si á la Virgen María debemos el haber encarnado el Hijo de Dios, síguese por necesaria consecuencia, que á ella también tenemos que agradecer los bienes que la predicación de Cristo nos trajo; pero déjolo, y quiero exponeros algo más propio de la Virgen Santísima; pues, sin duda, alguna singular prerrogativa suya pretendió expresar el insigne Patriarca Alejandrino, en aquellas notables palabras: «Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada.»

Y, en verdad, este santísimo misterio no fué revelado de una vez, sino poco á poco y por partes, hasta declararlo enteramente. Lo cual fué ordinario estilo y providencia de Dios en comunicarse con los hombres, como dice San Pablo (ad hebr. I, 1) que de muchas y varias maneras habló el Señor por los patriarcas y por los profetas, antes de hacerlo en la plenitud de los tiempos por boca de su benditísimo Hijo. Mas, sobretudo, hacía sabedoras de sus secretos á aquellas personas especialmente escogidas por él para descubrirnos los tesoros de su bondad y sabiduría.